

DOS LIBROS PERDURABLES

RISARALDA Y DICCIONARIO DE EMOCIONES

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

La devota admiración hacia un artista, por parte de amigos que gustan de su obra y desean conservarla y difundirla para mayor gloria de quien puso en ella el corazón y sus impulsos vitales, es gesto que siempre debe mirarse con simpatía y agradecerse en la medida que va a enriquecer el patrimonio cultural colombiano. Es el caso de Rafael Montoya y Montoya, entusiasta intelectual y editor de Medellín, quien a su colección "Ediciones Académicas", ya bastante popularizada, que incluye nombres clarísimos de la Montaña, ha sumado "Risaralda" y "Diccionario de Emociones", los dos libros extraordinarios de Bernardo Arias Trujillo, en limpias y elegantes ediciones, ilustradas admirablemente por Ramón Vásquez, adicionadas con documentos y fotografías que contribuyen a hacer aún más completo el conocimiento de la personalidad, discutida y admirada, del gran escritor.

Además de las notas gráficas que sirven al lector para buscar en los rostros de los progenitores los rasgos físicos heredados por el estilista, se encuentra también su partida de bautismo y dos cartas que don Tomás Carrasquilla le dirigió en épocas diferentes, en las cuales la aguda visión y el análisis certero del autor de "A la Diestra de Dios Padre", pone en alto las cualidades literarias de Arias Trujillo. Como prólogos, van dos admirables páginas suscritas por plumas que han marcado huella en las letras nacionales. Una de Silvio Villegas, que corre en las varias ediciones de "Risaralda", y la otra de José Camacho Carreño, el inolvidable dominador de la prosa, trágicamente desaparecido en la plenitud de una existencia promisoría.

Los dos libros colocan a Bernardo Arias Trujillo como el reivincador del criollismo, apartado a notable distancia de los costumbristas menores, de aquellos que tomen la bagatela como trascendental, los remendones de la crónica local. Sin el campechano realismo a que tan acostumbrados estaban los oídos nacionales, Arias hizo hablar a sus personajes con las voces mismas de la tierra, conjugando los elementos todos que forman el

criollismo verdadero, logrando y ahí está su triunfo, comunicar al lugareño una dimensión atravesadora de fronteras geográficas.

La novela de Arias Trujillo es la epopeya de la colonización del Valle de Risaralda, allí narra episodios que parecen salidos de una mente febril, pero ceñidos a la exactitud, sacados de esa realidad que pertenece al fondo mismo de la selva americana. Novela de negredumbre y de vaquería, filmada en dos etapas, la titula su autor; y en ninguna parte como en esos párrafos está pintado el negro mediterráneo de Colombia, rodeado por la descarnada soledad, atormentado por la nostalgia de la manigua africana de donde vinieron sus abuelos en galeras españolas que ellos mismos empujaron con músculos sudorosos. Entraron por la ciudad amurrallada unos, otros quedaron, a cambio de unas monedas, en Buenaventura y Tumaco, y el resto pasó a las minas antioqueñas. Al proclamarse la libertad de los esclavos, se regaron por el mapa colombiano.

Y a todas partes llevaron su inquietud; el alboroto de la sangre en el cimbreante cuerpo felino de las morenas, que como sombras de bambú se escurren entre los árboles, con ademanes de ola, regando el hechizo de un perfume sensual; y en el ritmo loco de la voz y la danza de los negros. Pero en ellos, a pesar de esas explosiones de júbilo, vive una callada rebeldía que por contraste se exterioriza en las noches de jarana y en los gritos del mapalé y la cumbia.

Era un poeta Arias Trujillo, porque aunque empleaba muchos vocablos bárbaros, como hábil chalán los hacía enfilear dóciles en la oración con que construía verdaderos poemas en prosa, algunos de los cuales, sobre el tiple y el machete, andan por el mundo en exigentes antologías. A esto debemos sumar el poder descriptivo, al llevar al lector por sitios diversos, mostrando personajes de carne y hueso que bailan, gritan, blasfeman o ríen bajo la canícula o en las tardes empapadas de misterio.

“Diccionario de Emociones”, título hermoso, recoge aquellos artículos de esmerada factura, que andaban dispersos en diarios y revistas. Así la “Elegía a una Doncella Campesina”, “Evocación fugaz de Marcel Proust”, “Cementerio del Mar” y, sobre todo, los “Retablos Bolivarianos”, donde el Libertador aparece en sus límites humanos. El enamorado en sus devaneos juveniles; los voluptuosos momentos vividos en La Magdalena; los espacios melancólicamente felices de la Quinta de Bolívar y la desencantada agonía de San Pedro Alejandrino, inconmensurablemente solitario frente al mar, cuando deseó como nunca unas manos de mujer sobre sus sienas tempranamente encanecidas, de luchador inmenso, de titán que entraba en la inmortalidad sintiendo en la boca el amargo sabor de las ingraticudes que le brindaron aquellos que por siglos disfrutarían, en sus descendientes, los amplios caminos abiertos por su espada. El adorador de las mujeres, que amó como nadie ha amado; el genio creador de repúblicas; el estadista diseñador de sistemas gubernamentales; el soldado que medía con los suyos, palmo a palmo el campo de batalla y, en síntesis, el hombre con sus señalados defectos y también con sus grandes virtudes. Es en estos retablos donde el vocablo es manejado por Arias con musicalidad propia, haciendo alarde de envidiable depuración idiomática.

Fue corto su tránsito terrestre: apenas treinta y cuatro años. Desde niño tuvo que enfrentarse a la pobreza y al dolor. El suyo fue camino abierto a codazos, luchando contra quienes deliberadamente desconocieron

su lírico frenesí e ignoraron su desolación. El identificarse con Wilde, de quien tradujo la "Balada de la Cárcel de Reading" no le fue perdonado jamás. Como tampoco el haber afianzado la vivencia de los sentidos para abordar los temas prohibidos, para ir más allá de la intención y la palabra. Tuvo que pagar la cuota de humana expiación, pues no se es impunemente el redentor de la forma, el adalid de la agresión a los temores que la sociedad despliega al viento como su más cara bandera. Entre él y los demás se interpuso una sombra que hoy, muchos años después que el artista entró a las sombras, no se ha despejado del todo. Desapareció en plenitud creadora, pero anduvo sobre la tierra lo suficiente para escribir lo que habría de grabarlo en la memoria de quienes aman la inutilidad de la belleza.